



*«Por tanto,
vayan y hagan discípulos
de todas las naciones...»*

CARTA PASTORAL DEL

Obispo Donald J. Hying

a los fieles de la diócesis de Gary

25 de febrero de 2016

Aniversario n.o 59 de la diócesis de Gary



CARTA PASTORAL DEL *obispo Donald J. Hying*

INTRODUCCIÓN

A lo largo de toda la historia de la Iglesia, el Pueblo de Dios ha celebrado sínodos, reuniones formales de oración, diálogo, reflexión y discernimiento cuyo objetivo es vivir la misión de Jesús con mayor fervor y eficacia. Algunos sínodos son universales, tal como el que se

celebró en Roma el año pasado para explorar temas relacionados con el matrimonio y la familia, en tanto que otros son diocesanos, destinados a abordar inquietudes locales. La palabra «sínodo» proviene del griego antiguo y significa «caminar juntos». Esta etimología encierra la visión de la Iglesia reunida en pleno como un bloque sólido que avanza para comprender a Cristo y su evangelio de salvación.

Nuestra diócesis jamás ha celebrado un sínodo; el último sínodo que celebró la Arquidiócesis de Chicago fue hace más de 100 años. Los sínodos conllevan una enorme planificación y trabajo y representan un momento importante en la vida eclesial. ¿Por qué vamos a celebrar un

sínodo ahora? Durante este primer año que he pasado entre ustedes he llegado a conocer y amar a la diócesis al escuchar, orar y servir a todos ustedes. He llegado a conocer sus sueños, ideales, objetivos, así como también sus frustraciones y dificultades. Como Iglesia, nos encontramos frente a oportunidades excepcionales y enormes desafíos en este momento histórico. Siento que el Espíritu Santo nos llama a todos —comenzando por mí— a renovar nuestra fe, a llevar una vida de oración



más intensa y a hacer algunas reflexiones estratégicas sobre nuestro futuro en conjunto.

Mi esperanza es que el proceso del sínodo anime a nuestra iglesia local a entregarse a su misión con renovado vigor, esperanza audaz y pensamiento creativo en lo que respecta a los ámbitos más importantes de la vida eclesial y la acción. Deseo que el sínodo se concentre en aquello que es posible, en lo que podemos cambiar, algo que se fundamenta en el idealismo pero también en el sentido práctico. El objetivo y el fruto de esta experiencia será un plan pastoral de amplio espectro que guíe nuestra vida de fe por lo menos durante los próximos 10 a 15 años, a medida que avanzamos en el poder redentor del Evangelio.

LA IGLESIA: NUESTRO DON Y NUESTRA MISIÓN

En esta sección deseo invitarlos a reflexionar acerca de la identidad y la misión de la Iglesia. Al comprender mejor y saber más sobre la Iglesia, más clara resultará nuestra misión como discípulos de Jesucristo.

«Sépalolo bien todo el pueblo de Israel, que a este Jesús, a quien ustedes crucificaron, Dios lo ha hecho Señor y Cristo.» (Hechos 2,36)

Con estas palabras contundentes Pedro proclamó el kerigma –la extraordinaria noticia



de que el Jesús crucificado se había levantado de entre los muertos y ahora reina como Señor— ante la multitud que se reunió en la mañana de Pentecostés. Después de haber vivido y viajado con Jesús durante tres años, de haber escuchado sus predicaciones dogmáticas, haber presenciado sus impactantes milagros y de haber vivido en carne propia su poder misericordioso, esos primeros apóstoles cristianos se sentían destrozados por la horrible muerte de Jesús cuando, súbitamente, recibieron con grato asombro el obsequio de su resurrección.

Y entonces, justo cuando comenzaban a acostumbrarse a la nueva presencia del Cristo resucitado, ascendió al cielo y les confirió la Gran Misión de predicar el Evangelio, bautizar a los creyentes y hacer discípulos en todas las naciones. En Pentecostés, Cristo vertió el Espíritu Santo y así nació la Iglesia para completar su misión en esta tierra.

¡Cuánto me habría encantado estar en aquel cenáculo en esa extraordinaria y hermosa mañana en la que el propio Espíritu de Dios ungió a los primeros seguidores de María y Jesús! ¿Qué sucedió allí? ¿Qué pensaban y sentían? ¿Qué vieron y qué escucharon?

No lo sabemos exactamente, pero podemos ver la diferencia que marca el Espíritu Santo. Aunque antes los apóstoles guardaban silencio acerca de su experiencia con el Cristo resucitado, ahora proclaman el kerigma con valor y elocuencia. Si esos primeros seguidores sentían temor y se encontraban divididos, ahora están unidos y decididos. Si no estaban seguros del próximo paso que debían dar (Simón Pedro volvió a dedicarse a pesca), ahora consagran el resto de sus vidas a ser una expresión viviente de la Gran Misión de predicar, enseñar y hacer discípulos. Aunque antes la mayoría huía de la cruz, ahora entregan sus vidas como mártires por la verdad de Jesucristo, crucificado y resucitado.

La Iglesia nace del costado de Cristo crucificado, es ungida en Pentecostés y se nutre de la labor del Espíritu Santo. Evidentemente, la intención de Jesús era formar, ungir y enviar discípulos a toda la humanidad —de hecho, a toda la creación— para que continúen con su obra salvadora hasta el fin del mundo. El elemento central no es que la Iglesia tenga





una misión sino que la misión de Jesús tiene una Iglesia que lleva a cabo las tareas esenciales de proclamar la Palabra, celebrar los sacramentos y realizar obras de caridad y justicia.

Si Jesucristo es la encarnación o el «sacramento» de Dios Padre, que adoptó forma humana e influyó en la historia, la Iglesia es entonces el «sacramento» de Jesucristo, que vive, habla y actúa en su nombre y con la autoridad del Espíritu Santo. Cristo está presente en el mundo a través de la Iglesia y esta se percibe como sierva de la persona humana que se ha elevado a una nueva dignidad a través del misterio pascual de la muerte y resurrección de Jesús.

En su carta a los Corintios, San Pablo expresa de forma elocuente la teología de la Iglesia como si fuera el Cuerpo y la Esposa de Cristo:

«Porque así como el cuerpo es uno solo, y tiene muchos miembros, pero todos ellos, siendo muchos, conforman un solo cuerpo, así también Cristo es uno solo. Por un solo

Espíritu todos fuimos bautizados en un solo cuerpo, tanto los judíos como los no judíos, lo mismo los esclavos que los libres, y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu.» (1 Corintios 12, 12-13).

Para articular la relación llena de espiritualidad que existe entre Jesucristo y la Iglesia, Pablo recurre ingeniosamente al ejemplo del cuerpo humano en cuanto a su unidad y diversidad de órganos, en la complejidad de su funcionamiento y el dinamismo de su acción. Si Cristo es la cabeza y la comunidad de los bautizados es el cuerpo, si él es el esposo y la Iglesia es la esposa, estamos íntimamente unidos y somos incapaces de vivir o funcionar sin el otro. Jesucristo se coloca intencionalmente en la posición de utilizar a la Iglesia como una extensión definitiva de su amor, misericordia, sanación, proselitismo y salvación del mundo.

¿Acaso el Señor puede obrar más allá de los límites de la Iglesia? Sí, por supuesto, pero la Iglesia continúa siendo el símbolo y el sacramento consagrado de su amorosa presencia en el mundo.

En estos tiempos, muchas personas afirman que son espirituales pero no religiosos. Tal vez acepten a Jesús pero no a la Iglesia puesto que sienten que la institucionalización de la religión arrastra una pesada carga histórica, o que su estructura es demasiado compleja, demasiado lenta o atrasada. La mayoría afirma tener algún tipo de fe en Dios o al menos que existe alguna forma de trascendencia, que la vida va más allá de lo que podemos ver, pero muchos han abandonado a la Iglesia y no participan en la fe católica de una manera pública ni periódica.

Cuando hablo con personas que esencialmente se han apartado de la Iglesia, escucho muchas explicaciones que justifican esta elección: un sacerdote o un religioso fue tosco o desconsiderado; la experiencia con la liturgia les resultó insípida y vacía; su parroquia no era interesante o acogedora; el terrible flagelo del escándalo del abuso sexual por parte del clero les dejó un sinsabor; no está de acuerdo con las enseñanzas «anticuadas» del catolicismo; tienen demasiado ajetreo en sus vidas y la Iglesia dejó de ser una prioridad; su pequeño hijo murió trágicamente de un cáncer y están enfadados con Dios. Ciertamente podemos comprender el dolor y la desilusión que lleva a algunas personas a abandonar la vida de la Iglesia.

Sin embargo, existe un motivo convincente y absoluto para seguir siendo discípulos activos y practicantes en la comunión de la Iglesia. Estamos completamente convencidos de que la Iglesia es el Cuerpo Místico de Cristo, la Esposa del Cordero, el Sacramento del Señor en este mundo. La Iglesia es universal, abarca toda la humanidad y sobrepasa los límites de nuestras parroquias, diócesis o países. A través de su poder, renacemos espiritualmente en las aguas del bautismo; nos alimentamos en la mesa eucarística que ella sirve; en los sacramentos que ella ofrece somos ungidos, recibimos sanación y perdón, y somos salvos a través de la fe que ella infaliblemente profesa.

Cuando la gente me pregunta por qué necesitan de la Iglesia, les respondo con un testimonio personal. Sin la Iglesia, yo estaría perdido y solo; sin ella no conocería a Dios ni a mí mismo; ella me alimenta con el Cuerpo y la Sangre de Cristo, nutre mi alma con la Palabra, proclama el perdón de Cristo, me guía hacia la vida eterna y me une a una familia global e incluso celestial de santos y pecadores.







Para los católicos, las afirmaciones de fe son siempre dicotomías. Jesucristo es Dios y humano; Dios nos habla a través de las Escrituras y la tradición; celebramos y litúrgicamente la Palabra y los sacramentos; aceptamos la cabeza y el cuerpo de la Iglesia; la persona humana es carne y espíritu.

A lo largo de la historia de la Iglesia, muchos teólogos y creyentes han separado estas premisas de fe y práctica en afirmaciones excluyentes. La mayoría de las herejías y cismas del catolicismo son consecuencia del planteamiento de que Jesús era Dios pero no humano, de que las Escrituras son la única fuente de revelación divina o que necesitamos a Jesús pero no a la Iglesia. Nuestra fe católica siempre se ha aferrado tenazmente a la convicción de que Dios quiere que conservemos la unión de la fe, como una sola entidad orgánica.

¿POR QUÉ UN SÍNODO? ¿POR QUÉ AHORA?

Durante mi primer año aquí en la diócesis de Gary como su cuarto obispo, he llegado a conocer y a amar la profusión y la bondad de nuestra querida Iglesia local. Hace un año Hobart, Hammond, Hebron y Hamlet eran tan solo nombres en un mapa para mí. Nuestras parroquias, escuelas, hospitales, órdenes religiosas y organizaciones de caridad se me antojaban como una vasta y desconocida red que me invitaba a involucrarme, a acercarme, a orar juntos, a compartir alimentos y compañerismo y a conocerlos a todos.

En este año que ha pasado como un torbellino he descubierto la hermosa y certera verdad de que la Iglesia no es principalmente



una institución, una organización ni una estructura, sino ¡personas! Una unión variopinta de personas maravillosas, increíbles y buenas, jóvenes y mayores, de distintos colores de piel y que hablan diversos idiomas, de distintos orígenes y con variadas experiencias de vida, que ocupan todo el espectro socioeconómico, parejas de casados y personas solteras, sacerdotes, religiosos, diáconos y ministros seculares, voluntarios y personal profesional, algunos de ellos profundamente involucrados en la vida parroquial, en tanto que otros escasamente practican algún tipo de expresión religiosa, todos unidos en común por el bautismo, y la relación con Jesucristo y su Iglesia.

Al estudiar la historia de nuestra diócesis he logrado apreciar y valorar el enorme aporte que realizaron los misioneros franceses originales, quienes predicaron la Palabra de Dios y sembraron la semilla de la fe en el rico terreno del norte de Indiana, al igual que los sacerdotes,

los religiosos y los seculares que llegaron años más tarde procedentes de distintas partes de Estados Unidos, así como también de Eslovaquia, Polonia, Croacia, Irlanda, Alemania, México y Filipinas, entre otros. Durante el siglo XX, miles de personas llegaron aquí para trabajar en acerías, fábricas y granjas para brindar un futuro mejor a sus hijos, trayendo consigo poco más que su ardiente fe católica y un generoso espíritu trabajador y emprendedor.

Nuestros antepasados construyeron iglesias y escuelas, hospitales y orfanatos para atender las necesidades de esos fieles trabajadores y sus hijos, para brindarles no solamente oración y formación religiosa, sino también atención médica, servicios sociales y educación para contribuir al bien común, así como también para cultivar una sociedad en la que todas las personas puedan florecer al abrigo de la dignidad y la libertad.

Desde la fundación de la diócesis en 1957, muchas transformaciones culturales, económicas, raciales y sociales han modificado el panorama de nuestra religión y nuestra Iglesia. Los cambios en la industria acerera, los enormes movimientos migratorios desde la ciudad de Gary hacia los suburbios, la desaceleración económica de la región industrial del oeste medio del país, la marcada revolución en las comunicaciones, el transporte, el gobierno, la educación, la música, la sexualidad y la cultura nos han llevado a vivir una experiencia de sociedad, matrimonio, familia, economía y valores completamente diferente.

.....
El sínodo será una experiencia vivificante para compartir la fe y planificar el futuro de nuestra diócesis.
.....

En medio de estas transformaciones aceleradas, los católicos hemos experimentado y vivido los profundos cambios eclesiales que se iniciaron con el Concilio Vaticano Segundo. Desde la fundación de nuestra diócesis hace 59 años, el mundo, los Estados Unidos, nuestra región y nuestra Iglesia representan realidades considerablemente distintas. La forma en que pensamos, nos relacionamos, nos comunicamos, trabajamos, aprendemos y nos divertimos son fermento de cambio que solo parece evolucionar cada vez más rápidamente. Seríamos muy ingeniosos si pensáramos que estos acelerados cambios sociales no repercuten sobre la vida de la Iglesia o el modo en que profesamos nuestra fe y oramos.

En mis recorridos por la diócesis, en los que he conocido a miles de personas, he escuchado sus sueños y esperanzas, sus frustraciones y sufrimientos, he sido testigo de su profunda fe y alegre generosidad, hemos compartido juntos a la mesa de la Eucaristía y en muchas otras reuniones de amistad, he servido al Señor junto con ustedes. He rezado por ustedes y con ustedes. Puedo afirmar con sinceridad que los quiero a ustedes y a esta diócesis. He consultado, ponderado y meditado la decisión de convocar un sínodo diocesano que culminará el domingo de Pentecostés, 4 de junio de 2017. Tengo la fuerte impresión de que todos estamos listos para seguir avanzando de una forma dinámica para vivir nuestra fe católica con alegría, compartir con los demás nuestra relación con Cristo, atender las necesidades de los pobres y los enfermos, y hacer que nuestras parroquias y familias crezcan con un discipulado dinámico.

El sínodo será una experiencia vivificante para compartir la fe y planificar el futuro de nuestra diócesis. Representará un momento decisivo para nosotros, una época de renovación espiritual y gracias especiales para nuestra Iglesia local. Mi esperanza es que sea un renacer para todos nosotros a medida que redescubramos el preciado tesoro que es nuestra fe católica y la alegría de practicarla, lo que finalmente redundará en un encuentro intenso y auténtico con nuestro Señor Jesucristo.

Será un momento para formular preguntas y respuestas sobre la vida. ¿Qué significa vivir como discípulo de Cristo? ¿Cómo puedo mantener una relación con Jesús? ¿Cómo puedo llevar una vida de oración más profunda? ¿Cómo puedo servir a los demás, especialmente a los pobres y a los que sufren? ¿Cómo puedo contribuir a la salvación de nuestro mundo fracturado? ¿Cómo podemos atraer a otros a la maravilla que hemos descubierto en la fe católica?

Observo en nuestra diócesis unos sólidos cimientos de fe, muchísima bondad inherente y fortalezas eclesiales sobre los cuales podemos seguir construyendo. Nuestros sacerdotes, diáconos y ministros seculares sirven generosamente con dedicación y celo en muchos y muy variados misterios. Nuestros religiosos consagrados llevan a cabo muchos y diversos ministerios de caridad y justicia que se integran a la perfección con la vida en la diócesis. Los seculares quieren a sus parroquias, trabajan como voluntarios incansables y buscan formas más significativas para vivir y expresar su fe. Nuestros extraordinarios seminaristas demuestran un



espíritu generoso y una gran madurez espiritual. Nuestras numerosas instituciones católicas de atención médica son innovadoras y sirven con dedicación, desempeñándose como proveedores médicos esenciales de la comunidad en general, y especialmente de los pobres.

La comunidad católica se dedica fervientemente a la formación religiosa de nuestros niños y jóvenes, e invierten muchos recursos de tiempo, talentos y dinero en nuestras escuelas parroquiales y programas de formación religiosa. Nuestra gente tiene un sentido de corresponsabilidad muy desarrollado puesto que responden a muchas causas, colectas y proyectos especiales. Contamos con muchas y muy variadas instituciones físicas que requieren gran atención y mantenimiento pero que a su vez atienden las necesidades de nuestras parroquias y comunidades.

Al meditar acerca de nuestro sínodo diocesano como un proceso de oración, reflexión, análisis y decisión en lo atinente a nuestra Iglesia local, se destacan ocho aspectos de nuestra vida de fe como los principios rectores de nuestra misión central y distintas actividades. Estos ocho aspectos eclesiales resultan evidentes en la vida diocesana, la organización del Centro pastoral, la actividad de las parroquias y la estructura de los consejos pastorales locales.

Los invito a que reflexionemos juntos acerca de estos componentes centrales de nuestra misión común, a que elevemos nuestras fortalezas y bendiciones, pero al mismo tiempo, que reconozcamos los desafíos y planteemos interrogantes.

EVANGELIZACIÓN

El eje central de la misión de la Iglesia es proclamar el Evangelio a todas las criaturas. La Buena Nueva de Jesús –su encarnación, ministerio, milagros, sermones, pasión, muerte y resurrección– representan nuestra esperanza para la vida eterna y el perdón, guía la peregrinación terrenal hacia nuestra meta celestial, nos enseña a vivir, a comportarnos y a expresarnos, y nos indica qué valoramos y aceptamos. Tal como nos recuerda el papa Pablo VI, la Iglesia

existe para evangelizar, compartir su Buena Nueva con todas las personas del planeta, para invitar a todos a entablar una relación salvadora y de amor con Dios a través de la persona de su Hijo, Jesucristo.

Desde el pontificado del papa Pablo VI, se ha incorporado a la Iglesia una conciencia y enfoque cada vez más pronunciado en torno a la noción de la «nueva evangelización», término acuñado por el papa Juan Pablo II que se refiere a la urgente necesidad de evangelizar no solamente a los pueblos y los lugares considerados tradicionalmente misioneros, sino también a las personas y las culturas que tradicionalmente han aceptado la fe pero que ahora se encuentran estancadas y separadas. La naturaleza misionera de nuestro discipulado cristiano nos exige dar testimonio de Jesucristo, procurar oportunidades para atraer a las personas que conocemos –en nuestro propio hogar, en el trabajo, la escuela y a nuestros amigos– para que vivan una fe más profunda y en comunión con la Iglesia.



Este testimonio evangelizador se expresa fundamentalmente mediante los detalles que conforman una vida santa, centrada en la Palabra, los sacramentos, los mandamientos y un amor lleno de alegría, pero también debemos invitar, alentar, hacer amigos y atraer a los demás hacia el Señor y su Iglesia. Un espíritu manso y firme, una vida de oración activa, conocimiento práctico de la fe y la capacidad para articular respuestas convincentes ante preguntas espirituales son rasgos que contribuyen enormemente a la eficacia de la nueva evangelización. Un católico que cree, practica y explica su fe con convicción, sencillez y bondad atraerá a otras personas a Jesucristo por virtud de la integridad y la pasión de su discipulado.

Durante muchas generaciones, los católicos de los Estados Unidos se han apoyado en una vibrante cultura de fe con parroquias rebosantes, escuelas parroquiales, organizaciones religiosas y barrios étnicos para inculcar el catolicismo a los más jóvenes. En estos entornos, las personas absorbían la fe naturalmente y esta se reforzaba mediante la abundancia de sacerdotes, hermanos y hermanas que trabajaban en nuestras instituciones eclesásticas.

Por muchas y muy complejas razones la totalidad de esa subcultura católica prácticamente ha desaparecido del mapa sociológico de nuestro país. Hoy en día tenemos que invitar intencionalmente a las personas, alentar y facilitar el ejercicio de la fe y adoptar la vida del discipulado. Nuestras parroquias, escuelas, familias y cada uno de nuestros creyentes necesita recibir formación, catequesis y capacitación no solamente en cuanto a cómo alcanzar su propia salvación, sino también para que inviten eficazmente a otros a vivir una relación dinámica con el Señor y su Iglesia.

Evidentemente muchas personas de toda la diócesis desempeñan constantemente esta labor de evangelización. Compartir la fe dentro de la familia, servir a los pobres, invitar a un amigo a la misa, llevar a un vecino al estudio bíblico, responder una pregunta sobre religión de un compañero de trabajo, vivir una vida moral en la universidad, son ejemplos de actividades de evangelización. Algunas de nuestras parroquias envían equipos para visitar de casa en casa y atraer a las personas hacia nuestra fe; otras tienen

programas para «católicos que regresan al hogar», en tanto que otras cuentan con personal dedicado específicamente a la tarea de la evangelización. En el ámbito diocesano, les he pedido a todos los coordinadores de nuestros programas que se entreguen la obra de la evangelización.

Si bien reconocemos con alegría los grandes y numerosos esfuerzos que se realizan en la diócesis para difundir nuestra fe, también tenemos que admitir dolorosamente que la mayoría de los católicos no acude regularmente a la misa dominical, no celebra el sacramento de la reconciliación, no participa en las actividades de la parroquia y no tiene una relación tangible con la Iglesia.

Además de ese desafío, cada vez más integrantes de la sociedad, especialmente los jóvenes, se autoproclaman independientes en lo que respecta a religión. Muchas veces durante la celebración de la eucaristía dominical en una parroquia local he observado los bancos de la iglesia y me he dado cuenta de que si no contáramos a todos los asistentes de más de 65 años, no quedarían muchas personas. Tal vez tengamos una escasez de sacerdotes y religiosos, pero también tenemos escasez de seglares. Tenemos mucho que aprender al escuchar e interactuar con las personas que se han desconectado de la Iglesia o que han dejado de practicar la fe.

Planteemos interrogantes clave para incluirlas en nuestras oraciones y someterlas a diálogo durante el proceso del sínodo...

- ¿Qué herramientas podemos brindar a las parroquias, escuelas, familias y fieles para que participen y sean eficaces en el desempeño de la tarea fundamental de la Iglesia de proclamar la Buena Nueva de Jesucristo?
- ¿Cómo podemos formar discípulos intencionales y considerar a las parroquias como círculos de fe, amor y discipulado?
- ¿Qué formación debemos ofrecer a nuestro pueblo?

- ¿Cómo podemos encender la llama en los indecisos, los desvinculados o aquellos que se sienten heridos o desilusionados, para que descubran el catolicismo o redescubran un fervor que quizás se haya apagado?

SACRAMENTOS, ORACIÓN Y CULTO

En el seno de nuestra fe católica se encuentran los sacramentos, esos encuentros fundamentales de gracia que preservan la vida de Cristo entre nosotros. El bautismo es la puerta sagrada que nos guía hacia la Iglesia, nos une a Cristo y nos conduce hacia la vida de la Trinidad. La Eucaristía es el origen y el ápice de la vida cristiana, nuestro acto de adoración fundamental a través del cual participamos en la ofrenda sacerdotal de Jesucristo al Padre, escuchamos la Palabra y recibimos el Cuerpo y la Sangre del Señor. La confirmación es el perfeccionamiento del bautismo, que sella en nosotros el poder del Espíritu Santo y nos envía a proclamar el Evangelio.

La reconciliación nos ofrece abundante misericordia y el perdón de Dios al reconocer nuestros pecados y confiar en Su amor por

nosotros. La unción de los enfermos transmite el ministerio de sanación de Jesús a las vidas de quienes sufren, proclamando la victoria en la cruz, incluso frente al dolor y la vicisitud. Los sacramentos de vocación: el matrimonio y los órdenes sacerdotales son formas específicas a través de las cuales los integrantes de la Iglesia viven la relación conyugal entre Cristo y su Esposa, en el servicio de la comunión y la vida.

Celebro y apoyo que muchas personas, programas, clases y métodos faciliten la celebración, la preparación, la formación y el apoyo a los fieles que celebran los sacramentos en nuestra diócesis. Todos –sacerdotes, diáconos, religiosos, ministros seculares, catequistas, padres, maestros y padrinos– demuestran un profundo compromiso con la obra sacramental que resulta esencial puesto que saben muy bien que sin la fuerza vitalicia que infunden los sacramentos en nuestras vidas la Iglesia dejaría de existir. Cuando reflexiono acerca de los miles de encuentros sacramentales que en conjunto tenemos todos los días, alabo a Dios y a la Iglesia por esta fuente de gracia, misericordia, salvación y vida divina que derraman sobre nosotros.

Planteemos interrogantes clave para incluirlas en nuestras oraciones y someterlas a diálogo durante el proceso del sínodo...

- ¿Cómo podemos mejorar todavía más nuestra preparación sacramental y que sea más eficaz en la vida de nuestro pueblo?
- ¿Cómo podemos catequizar, enseñar y predicar sobre los sacramentos para que todos comprendan y participen en la oración comunal de la Iglesia?
- ¿Cómo podemos ayudar a las parroquias y líderes pastorales a celebrar la eucaristía y otros sacramentos con un profundo espíritu de recogimiento y alegría para que las personas se sientan atraídas hacia el amor y la presencia de Dios?
- ¿Cómo podemos responder a la realidad alarmante de que cada vez menos personas celebran la eucaristía el domingo, contraen matrimonio en la Iglesia o bautizan a sus hijos?



- ¿Cómo podemos transmitir a los demás la necesidad de la oración personal y enseñarles a orar?

DISCIPULADO Y FORMACIÓN

La formación catequística es el elemento clave en la vida de todo discípulo cristiano. El conocimiento integrado, práctico y global de las Escrituras y la Tradición, el credo y los mandamientos, y las enseñanzas básicas de la Iglesia, son aspectos necesarios para poder vivir, profesar y compartir toda la riqueza de la salvación que el Padre nos ha entregado en Cristo. Dicha formación religiosa debe ser constante, tanto para niños y jóvenes, como para adultos, y debe contextualizarse en una vida de alabanza, oración, servicio y amor. Se trata de un conocimiento que busca transformarse en sabiduría.

Para lograr este fin esencial, la diócesis dedica muchos recursos a la formación religiosa. Nuestras escuelas, programas de formación religiosa, experiencias para la preparación sacramental e instrucción para adultos contribuyen a adquirir los conocimientos subjetivos y objetivos sobre la fe católica que todos necesitamos.

Nuestras 17 escuelas primarias y tres preparatorias ofrecen educación a niños y jóvenes en el entorno holístico de la fe. Durante mis visitas y reuniones en todas nuestras escuelas me ha dejado profundamente impresionado la calidad y el compromiso de directores, rectores y pastores, el entusiasmo y el profesionalismo de los docentes, así como también la alegría, el respeto y la amabilidad de los alumnos. ¡La reverencia y la participación de la comunidad escolar en la eucaristía son experiencias vivificantes!

Si bien algunos cuestionan el gasto que representa la educación católica hoy en día y su eficacia, yo la apoyo incondicionalmente. Los exalumnos de escuelas católicas viven constantemente su fe, tienen éxito profesional, aportan al bien común y ayudan al necesitado en proporciones más altas que aquellos que no estudian en escuelas católicas. Esto no quiere decir que la educación católica sea algo necesario para todos los niños sino que sigue siendo un elemento esencial de la misión evangelizadora y catequista de la Iglesia.

Celebro la clara y profunda identidad católica de nuestras escuelas, la calidad de la educación que imparten, la formación integral de la personalidad que ofrecen y el compromiso de nuestro personal. Todas las escuelas de nuestra diócesis son una fuente de inspiración para mí y estoy muy agradecido con todas ellas. Los desafíos que enfrentan incluyen la contratación y conservación de docentes y administradores de alta calidad, su formación religiosa, la estabilidad económica, brindar acceso a familias debajos o medianos recursos, gobernabilidad y su viabilidad a largo plazo.



.....

«¿Qué tengo que hacer?» a «¿Qué puedo hacer por ti, Señor?»

.....

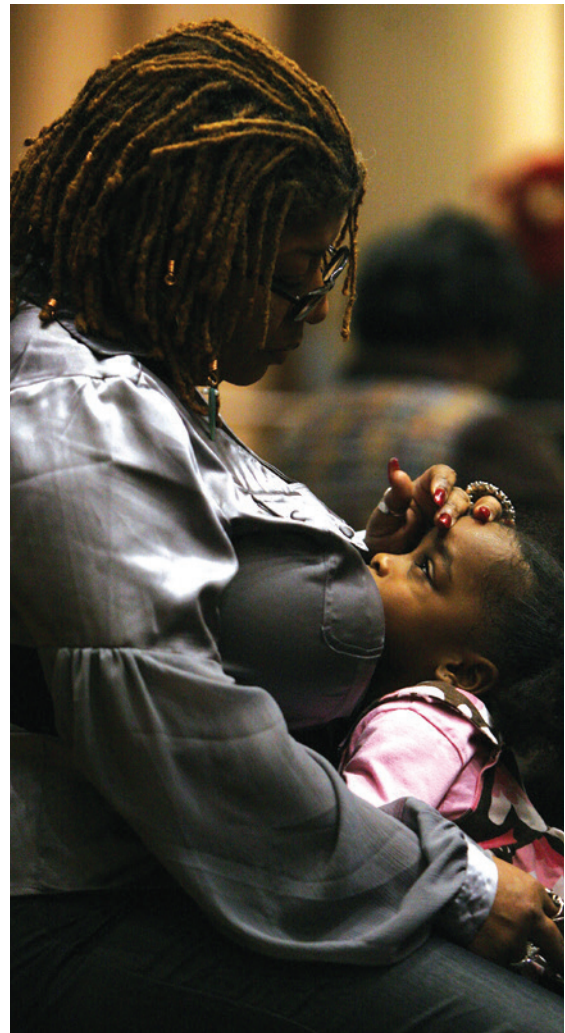
Preguntamos...

- ¿Qué podemos hacer para evitar que la educación católica se convierta en elitista y, al mismo tiempo, garantizar su calidad?
- En el caso de las escuelas primarias, ¿es razonable pensar que, en todos los casos, na sola parroquia pueda mantener y conservar una escuela, o acaso necesitamos plantearnos distintos modelos de gobernabilidad y manutención?

Igualmente, siento una profunda admiración y agradecimiento cuando paso tiempo con los niños y catequistas de nuestros programas parroquiales de formación religiosa. Pese a lo limitado del presupuesto y de los voluntarios, nuestros directores de educación religiosa realizan esfuerzos ejemplares por formar a nuestros niños en la fe católica, en el contexto de unas pocas horas semanales. El compromiso y la generosidad de tantas personas en la gran labor de impartir conocimientos sobre religión y ofrecer experiencias espirituales a los niños tienen un valor incalculable para la vida de nuestras parroquias y la diócesis.

Aquí también existen desafíos...

- ¿Cómo podemos formar eficaz e integralmente catequistas voluntarios para ofrecer una experiencia de formación de alta calidad a nuestros pequeños?
- ¿Cómo pueden las parroquias, especialmente aquellas que tienen escuelas, asignar los recursos adecuados para nuestros programas parroquiales de educación religiosa?
- ¿Cómo podemos integrar mejor la formación y la preparación sacramental de los niños en las escuelas y en los programas parroquiales?
- Dado que la confirmación se celebra en 8.º o 9.º grado, ¿cómo podemos crear una catequesis eficaz para los alumnos de escuelas preparatorias públicas cuando no exista necesariamente un programa estructurado?
- En todos los casos, ¿cómo podemos fomentar una mayor participación y apoyo de los padres, recordándoles que ellos son, efectivamente, los primeros catequistas de sus hijos?



Tristemente, después de la confirmación, muchos católicos dejan de aprender más acerca de su fe. Imagínese solicitar un trabajo en el sector tecnológico, basándose en una clase de informática que tomó hace 27 años. Nuestra fe católica es verdaderamente tan compleja y profunda que se requiere toda una vida para comenzar siquiera a adentrarse en sus profundidades.

Elogio las actividades y los esfuerzos que se realizan en toda la diócesis para ofrecer formación para adultos. Algunas de nuestras parroquias realmente se destacan en este esfuerzo tan importante. Como sacerdote y como obispo he encontrado sistemáticamente que muchos adultos sienten una gran necesidad espiritual, quieren conocer y comprender su fe, desean establecer una relación más profunda con Dios y desean saber cómo compartir esto con los demás. Plantean excelentes preguntas y son muy perspicaces. Nuestra capacidad de evangelización se encuentra profundamente vinculada a la capacidad de transmitir nuestra fe a los demás de una forma convincente y al mismo tiempo sencilla.

Reflexionemos...

- ¿Cómo pueden las parroquias y la diócesis expandir y profundizar las oportunidades para que los adultos continúen ampliando sus conocimientos, comprensión y el ejercicio de su fe?

ENSEÑANZA SOCIAL

Uno de los elementos constitutivos de nuestra fe es conocer y vivir las enseñanzas sociales de la Iglesia. La dignidad de la persona humana, la primacía del bien común, la solidaridad con los pobres y los marginados, la vitalidad del matrimonio y la vida en familia, la dignidad del trabajo y los derechos de los trabajadores, los derechos humanos y sus obligaciones, así como también cuidar del medio ambiente, son los valores fundamentales de la doctrina y el ejercicio del catolicismo.

Nuestra fe no es meramente una relación privada entre Dios y nosotros, sino que tiene implicaciones sociales para el mundo y la sociedad en la que vivimos, lo que abarca la política, la economía, la cultura, el trabajo y la tecnología. La salvación en Cristo no se refiere solamente a lo que nos sucede después de esta vida, sino al ser humano



vivo y pleno que se encuentra aquí y ahora. Tanto la caridad como la justicia exigen que los creyentes se esfuercen por preservar la dignidad y el valor de cada ser humano, especialmente la de aquellos que no han nacido, los pobres, los que no tienen hogar, los desempleados, las personas que tienen necesidades especiales, los inmigrantes y los presos. Esta convicción explica por qué la Iglesia alimenta, da albergue, ofrece educación y cura a más personas que ninguna otra institución en el planeta. Nos percibimos como siervos de la persona humana, creada por Dios y redimida por Jesucristo. La Iglesia siempre ha luchado por lograr un orden social justo en el que cada ser humano pueda alcanzar la grandeza espiritual como hijo de Dios.

A la luz de esta visión social del catolicismo que brinda inspiración y al mismo tiempo nos desafía, reafirmo con vehemencia la labor que desempeñan numerosas parroquias, organizaciones, instituciones médicas, programas y personas que viven heroicamente las enseñanzas sociales de la Iglesia en nuestra diócesis. En su calidad de «órgano social» oficial de nuestra Iglesia, Caridades Católicas (Catholic Charities) ofrece una gran cantidad y calidad de servicios para mujeres que atraviesan crisis por embarazos, a los ancianos, a las familias que enfrentan dificultades y a los necesitados. Los innumerables actos de caridad y misericordia que se ofrecen en nombre de Jesucristo son para mí una gran fuente de inspiración y esperanza.

A través de organizaciones tales como la Campaña católica para el desarrollo humano y nuestra Comisión diocesana para la paz y la justicia social, nos esforzamos por educar, ofrecer representación y defensoría, y trabajar en pos de un cambio estructural fundamental que erradique las causas de la pobreza entre nosotros. Los diálogos que se sucedieron recientemente en el deanato en relación con la Carta pastoral de los obispos de Indiana sobre la pobreza, son un paso adelante en la dirección acertada.





Al tiempo que aceptamos todas las obras positivas que se han efectuado en el ámbito social, también debemos plantear algunas interrogantes que guíen nuestros esfuerzos en el futuro...

- ¿Qué necesidades emergentes en nuestras comunidades exigen nuestra atención y mejores esfuerzos?
- ¿Cuál es la mejor forma para coordinar y concentrar la inmensa variedad de servicios y programas que se ofrecen actualmente a través de nuestra diócesis?
- ¿De qué forma podemos educar, motivar y movilizar mejor a la gran cantidad de personas en nuestras parroquias que desean servir y ayudar a los necesitados pero que no saben por dónde comenzar?
- ¿Cómo podemos mejorar y ampliar nuestros esfuerzos en el ámbito de la defensa y representación, y de cambio social, especialmente en lo atinente a la vida familiar, empleo, atención médica y educación?

- ¿De qué forma podemos exponer y abordar el racismo que aún persiste en nuestras comunidades y en nosotros mismos?
- ¿Cómo podemos contribuir para que los comités de paz y justicia social de las parroquias se conviertan en vector de justicia y cambio social más influyente en sus respectivas comunidades?

MATRIMONIO Y FAMILIA

En nuestra cultura en constante y rápido cambio y en nuestros estilos de vida ajetreados, el matrimonio y la vida familiar se convierten en un desafío. En medio del trabajo, de ser padres, de la práctica de deportes y de la labor de administrar un hogar, el tiempo y la energía necesarios para vivir a plenitud la dimensión espiritual y emocional del matrimonio y la vida familiar parecen escasear. Muchos padres me han confesado que desearían poder pasar más tiempo juntos como familia, salir a solas con su cónyuge, rezar y participar más en

la parroquia, pero que sencillamente no disponen del tiempo. La tensión y el estrés que genera la vida contemporánea a menudo nos causa agotamiento y un vacío profundo.

La teología y la espiritualidad del matrimonio según las enseñanzas de la Iglesia Católica son especialmente ricas y se centran en el poder sacramental del hombre y la mujer, unidos en el amor de Cristo, que se entregan profunda y completamente al otro de una forma exclusiva, permanente y productiva. Al reflexionar sobre el amor expiatorio de Cristo por la Iglesia, las parejas casadas materializan

en su familia y el mundo la presencia y la gracia de Jesús de una forma muy particular. Al convertirse en un ser humano y pertenecer a una familia, el Señor ha santificado el matrimonio, los hijos y la condición de ser padres. Para los católicos la familia es verdaderamente la Iglesia doméstica donde los hijos aprenden a amar, a servir y a reverenciar a Dios y a ellos mismos.

Tal como se discutió en el sínodo en Roma que se celebró recientemente, el matrimonio y la familia enfrentan hoy en día desafíos extraordinarios en nuestra cultura en constante transformación. Muchas personas sencillamente eligen no casarse, muchos matrimonios terminan en divorcio, los padres y las madres solteras enfrentan obstáculos específicos al tratar de cumplir con sus importantes responsabilidades, muchos países han redefinido la noción del matrimonio para incluir uniones del mismo sexo, y el concubinato es una práctica comúnmente aceptada, incluso para los católicos practicantes. Muchos casados, incluso los que asisten a la iglesia regularmente, no necesariamente comprenden el sentido profundamente espiritual de su vida sacramental como cónyuges consagrados. Y muchas personas sencillamente rechazan las enseñanzas tradicionales de la Iglesia sobre el matrimonio, la sexualidad y la vida humana, y las tildan de anticuadas y fuera de contexto.

A la luz de tantos cambios, los creyentes nos planteamos muchas interrogantes...

- ¿Cómo podemos apoyar a los casados y a las familias, no solamente para que comprendan y practiquen su fe, sino también para que crezcan en el amor, la generosidad, el respeto y la estabilidad?

- ¿Cómo podemos preparar mejor a los prometidos para que tengan éxito en el matrimonio?
- ¿Cómo podemos darle la bienvenida y ayudar a los católicos divorciados y separados para que se sientan a gusto en la Iglesia y pueden encontrar sanación y fortaleza en su fe?
- ¿Cómo podemos lograr que los homosexuales sientan que son bienvenidos y amados en nuestras comunidades?



- ¿Cómo podemos acompañar pastoralmente a las personas que no viven todas las enseñanzas de la Iglesia y al mismo tiempo son fieles a las exigencias del amor y la verdad?
- ¿Cómo podemos ayudar a que las personas, especialmente los jóvenes, descubran la belleza y la integridad de su sexualidad?
- ¿Cómo podemos ofrecer a las personas la ayuda y el apoyo que necesitan y merecen para vivir la Buena Nueva del matrimonio y la familia?
- ¿Cómo podemos brindar apoyo a los solteros?

Nuestras respuestas pastorales a estas interrogantes deberían representar un componente importante de la energía y las actividades de las parroquias.

JÓVENES CATÓLICOS

Cada vez que hablo con los católicos sobre lo que consideran que debería ser nuestra primera prioridad como Iglesia, la respuesta que recibo inmediatamente es «los jóvenes». Todos reconocemos la bondad, los dones y la bendición que son los jóvenes para nosotros. Son nuestro

mayor tesoro y la esperanza del futuro. La juventud es el momento de la vida en el que solidificamos nuestras creencias y valores, maduramos en la sabiduría de la gracia, discernimos y nos preparamos para nuestra vocación en la Iglesia y en el mundo. El bienestar de nuestros jóvenes emana directamente de la estabilidad y la salud de los matrimonios y las familias.

La función de los padres es esencial para la formación espiritual de los jóvenes, a medida que maduran y crecen. Deseamos que todos los jóvenes conozcan a Dios, sientan su amor, tengan un hogar estable y seguro, estén felices y sanos. Guiar y formar a los jóvenes y adultos jóvenes no es una tarea sencilla en una cultura que ofrece infinitas opciones, alternativas, estilos de vida y sistemas de fe. Cada vez con más frecuencia los jóvenes se definen en el ámbito de la religión como «sin afiliación religiosa».

He conocido muchísimos y estupendos jóvenes católicos de nuestra diócesis que viven su fe con alegría y generosidad, desean servir al Señor y transformar el mundo, y están abiertos a todo lo que proviene del Espíritu. Buscan su lugar en la Iglesia y, en ocasiones, les resulta difícil sentirse cómodos en esta. Muchos de nuestros programas y actividades se centran en las parejas casadas y la



PRAYER

vida familiar. Observan que hay pocas personas de su edad que participan activamente en la comunidad; tienen dificultades para discernir qué hacer con su vida y se sienten indecisos por las numerosas alternativas..

El ministerio con los jóvenes católicos será una de las principales prioridades del sínodo, de modo que...

- ¿Cómo podemos formar, catequizar, dar la bienvenida y guiar mejor a nuestros jóvenes, especialmente a los que asisten a la escuela pública?
- ¿Cómo podemos ayudar a las parroquias a atraer y preparar líderes que acompañen, sirvan y formen a nuestros jóvenes?
- ¿Cómo podemos capacitar a la juventud para facilitar su vital aporte de alegría, energía, idealismo y profundo amor en nuestras parroquias y comunidades?
- ¿Cómo podemos mantenerlos interesados en la vida de la Iglesia, integrándolos en su estructura y no simplemente como un grupo aparte de jóvenes?
- ¿Cómo podemos ofrecer más oportunidades y espacio para que los adultos jóvenes encuentren su lugar entre nosotros?
- ¿Cómo podemos ayudar a todos a darse cuenta de que la catequesis, la formación y el discipulado son labores que continúan incluso después de la confirmación y la preparatoria, de hecho, por el resto de la vida?
- ¿Cómo podemos escuchar las necesidades, los sueños y las frustraciones de los jóvenes católicos y recibir con entusiasmo su liderazgo y sus ideas?
- ¿Cómo podemos ayudarlos a manifestar sus dones y a discernir su vocación?

CORRESPONSABILIDAD

En el libro Hechos de los Apóstoles se nos indica que en sus inicios la comunidad cristiana era una sola mente y un solo corazón y que compartían todas sus posesiones en común para el bien de todos, especialmente de los pobres y los necesitados. Desde el comienzo, el cristianismo adoptó la visión de una corresponsabilidad holística que reconoce que todo lo que poseemos es obsequio de Dios y está destinado a compartirse con otros para construir el Reino. Cuando vinculamos la corresponsabilidad a la evangelización y el discipulado, nos damos cuenta de que el seguidor de Jesús dedicará su tiempo, talentos y tesoro a su misión de salvación, amor y paz.

Como párroco, jamás abordaba directamente el tema del dinero ni lo pedía; hablaba sobre la misión de la Iglesia, nuestros proyectos, tareas y



necesidades, logros y desafíos del momento y, después, decía algo así como «si usted está de acuerdo con lo que estamos haciendo y cree en esta visión, apoye a su comunidad». Y esto parecía surtir efecto.

Si las personas no están de acuerdo con la visión, no la apoyarán y cuantas más solicitudes de dinero se hagan desde el púlpito, más desencantada se sentirá la gente. Una vez que las personas están comprometidas a nivel de fe, la noción de la corresponsabilidad se vuelve algo natural puesto que se enamoran todavía más profundamente de Dios y pasan de una postura minimalista a una maximalista. Siempre tendremos tiempo, dinero y energía para dedicárselos a las personas, las iniciativas y las causas que nos resultan importantes. Pasamos de preguntarnos «¿Qué tengo que hacer?» a «¿Qué puedo hacer por ti, Señor?»

Los habitantes de esta diócesis son donadores generosos y me siento especialmente agradecido por esto. Estamos llamados a apoyar a nuestras parroquias, a la labor de la diócesis, Caridades Católicas, varias colectas, organizaciones de servicio y muchas otras iniciativas valiosas. En ocasiones, las solicitudes de dinero, de voluntarios y de participación pueden resultar abrumadoras y, sin embargo, observo que nuestro pueblo responde con gran sacrificio y bondad. Sin ese apoyo, la misión y la obra de la Iglesia local no podría proseguir.

El desafío es motivar a la gran cantidad de personas inscritas en nuestras parroquias que no participan en la misión, así que debemos pensar...

- El desafío es motivar a la gran cantidad de personas inscritas en nuestras parroquias que no participan en la misión, así que debemos pensar..
- ¿Cómo podemos motivar a quienes aportan mínimamente para que amplíen su visión sobre las posibilidades y la generosidad?
- ¿Cómo podemos mantener y apoyar a los discípulos de Cristo que están totalmente comprometidos con la misión y que, a veces, corren el riesgo de agotarse?



Los programas parroquiales de corresponsabilidad, la evaluación y rediseño de la campaña de servicios católicos, así como también un mayor enfoque en la evangelización y el discipulado ciertamente contribuirán a inculcar en todos nosotros un compromiso más profundo para compartir nuestros dones para la salvación del mundo.

VOCACIONES Y FORMACIÓN DE LÍDERES

Si verdaderamente queremos que la Iglesia del noroeste de Indiana crezca, tendremos que dedicar los recursos necesarios para el

discernimiento de las vocaciones y la formación de líderes eclesiales en todos los ámbitos, incluso sacerdotes, religiosos, diáconos, ministros y líderes seculares, y parejas casadas. Pese a nuestros esfuerzos para catequizar y brindar formación a los jóvenes en cuanto al don de la vocación, me pregunto cuántas personas realmente comprenden que cada integrante de la Iglesia está llamado a vivir algún tipo de compromiso con Cristo. Toda organización que busque prosperar debe ocuparse de la búsqueda, la formación y el mantenimiento de un buen liderazgo.

Estoy muy agradecido por el enérgico liderazgo que brindan nuestros sacerdotes, diáconos, ministros y líderes seculares. Estos siervos dedicados transmiten la visión, la estructura y los recursos para continuar con la vida y la misión de nuestra diócesis. Necesitamos continuar y fortalecer nuestros esfuerzos para formar, apoyar y mantener a nuestros líderes actuales, en lo que respecta a seguridad y competencia, aunque el Señor llame a nuevas personas a sumarse a sus filas.

Los consejos pastorales contribuyen de una manera importante a la vitalidad y el florecimiento de las parroquias. Celebro a los líderes generosos que desempeñan la función de ser voceros representativos, ya que transmiten la visión, y brindan asesoría y apoyo a nuestros pastores para cultivar nuestra comunidad de fe.

How ¿Cómo podemos equipar a los consejos pastorales para que sean todavía más eficaces en su liderazgo?

Estoy muy agradecido por todos los esfuerzos que realizan nuestros líderes vocacionales para promover en nuestra diócesis el llamado al sacerdocio. Nuestros seminaristas son un grupo excepcional de jóvenes que servirán estupendamente a la Iglesia. Solamente necesitamos más jóvenes como ellos. La vasta mayoría de nuestros sacerdotes son de mediana edad en adelante. Si no contáramos con el servicio generoso de nuestros clérigos mayores, enfrentaríamos un grave desafío sacramental. Nuestros sacerdotes sirven heroicamente a su

comunidad, pero la cantidad cada vez más reducida de ellos nos presenta el desafío de promover la vocación al sacerdocio dentro de nuestras familias y entre los jóvenes, con mayor pasión y ahínco.

Me impresiona la formación que reciben los diáconos y los líderes seculares en nuestra diócesis. Dado que comparten al menos una parte del proceso de formación, esto los lleva a adoptar una visión y un objetivo en común mientras se preparan para guiar y servir en nuestras parroquias, escuelas e instituciones. Seguimos asociándonos con comunidades religiosas que constituyen un elemento esencial y valioso de nuestro liderazgo diocesano, y procuramos ayudarles a promover la vocación a la vida consagrada. Tal como lo exploramos anteriormente, necesitamos catequizar más eficazmente en cuanto a la naturaleza, la dignidad y la finalidad del matrimonio y la vida familiar.

Reflexionemos sobre cómo podríamos cultivar una mayor cantidad de vocaciones al sacerdocio, al diaconado, a la vida religiosa y al liderazgo secular...

- ¿Cómo podemos invitar, atraer y formar a los jóvenes para que disciernan su vocación dentro de la Iglesia?
- ¿Cómo podemos lograr que nuestras escuelas católicas y programas de educación religiosa tengan un énfasis más vocacional para que de ellos surjan más líderes?
- ¿Cómo podemos crear una cultura de vocación en nuestras familias y parroquias que sea tan predominante que los jóvenes puedan discernir naturalmente el llamado de Dios?
- ¿Cómo podemos vincular el ministerio de adultos jóvenes y la formación vocacional más eficazmente?

CONCLUSIÓN

En las situaciones más difíciles, en el agobio de las tribulaciones, así como también en los momentos de más alegría, a menudo reflexiono sobre las palabras de San Pablo en las Escrituras: «el amor jamás dejará de existir». Estoy convencido de que, al final, el amor siempre gana. Todo lo que hacemos, decimos y pensamos, debemos hacerlo con amor, por amor y en el propio amor. A medida que conozco nuestra diócesis, a los líderes y a las personas, ¡he encontrado ese amor aquí!

Miles de personas viven heroicamente su fe en Cristo, sacrificando mucho en un espíritu de corresponsabilidad generosa por nuestras parroquias, escuelas, por nuestros jóvenes y los necesitados. Hay mucho que celebrar. También enfrentamos algunos desafíos importantes por la



diezmada cantidad de católicos activos, de recursos disponibles y líderes jóvenes, puesto que muchas de nuestras parroquias y escuelas presentan dificultades para crecer con vigor. El sínodo será una experiencia dinámica que nos permitirá reunirnos, orar, dialogar, discernir y planificar un futuro que sea verdadero fruto del Espíritu Santo y nos guíe en los años venideros.

Ese futuro nos exigirá mucho, especialmente a nuestros sacerdotes, diáconos y ministros seculares. Tendremos que colaborar y trabajar juntos de formas diferentes, adoptar un nivel de corresponsabilidad mucho más elevado con respecto a la vida de toda la diócesis, abandonar la mentalidad pueblerina, la competencia o el aislamiento que nos separan, salir del letargo que a menudo nos lleva a decir «así es como se ha hecho siempre», despojarnos de la autocomplacencia capaz de mantenernos en un estancamiento espiritual, y ser más proactivos y dinámicos en nuestros esfuerzos de evangelización. Si no adoptamos esa visión, nuestra Iglesia local sencillamente continuará diezmándose hacia una dolorosa reducción de la fe en nuestro pueblo.

Cuando Simón Pedro y la Iglesia primitiva –recientemente ungida en el Espíritu Santo– se lanzaron a las calles de Jerusalén y proclamaron la muerte y resurrección de Cristo como el nuevo significado de la historia humana, se desató en el mundo el poder evangelizador de la Palabra. La profesión de la Buena Nueva del amor de Dios por nosotros en Jesús creó nuevas iglesias, engendró nuevos discípulos, construyó catedrales, hospitales y universidades, envió misioneros y finalmente llegó hasta el terreno fértil del noroeste de Indiana. Somos los herederos de este extraordinario legado de fe católica.

El sínodo es el momento oportuno para dar rienda suelta al espíritu del Cristo resucitado entre nosotros y a través de nosotros, a medida que vivimos el poder transformador del Evangelio.

«Por tanto, vayan y hagan discípulos de todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a obedecer todo lo que les he mandado a ustedes.»

-Mateo 28,19-20



Photos by Northwest Indiana Catholic